

## La vida oculta. Malik y el coronavirus

“Cuando el hombre toca fondo en su experiencia de fracaso y de incapacidad, cuando se despoja de la ilusión de ser el mejor, de ser autosuficiente, de ser el centro del mundo, Dios le tiende la mano para transformar su noche en amanecer, su aflicción en alegría, su muerte en resurrección, su camino de regreso en retorno a Jerusalén, es decir, en retorno a la vida y a la victoria de la Cruz”<sup>1</sup>.

La vida es durísima. El horizonte de la vida es la cruz sin sentido para todo el mundo. Algunos que viven alienados experimentan esto como una exageración, pero tarde o temprano nos llega a todos pasar por la cruz. ¿Cuál es la diferencia del hombre de fe con respecto al hombre que está solo con su propia ego-divinidad? Detrás del horizonte de cruz está la pascua. Pero para llegar a “hacer pascua” hay que pasar por el juicio sumario de la historia. Estamos ahora en las semanas del coronavirus, sobrecargados de mensajes que tratan de ser optimistas, que ofrecen cálculos de la deriva con tendencia a estabilizarse en breve tiempo, con grandes hitos de esperanza en el buenismo, en los sanitarios, en el hacer solidario, depositados en la toma de conciencia de la humanidad, por fin, de nuestro común destino. “Hay que despertar las conciencias dormidas. Querer tranquilizar es siempre conducirnos a lo peor”<sup>2</sup>

La película “Vida oculta” del director Terrence Malick es un evangelio actualizado. La película es lenta, como la vida, que a veces se detiene sin piedad en el sufrimiento y no se ve nunca la salida. A veces nos pasa fugazmente por la alegría y no se detiene nunca.

Como la vida, cuando se toma en serio, se requieren pocas palabras o ninguna. Se trata de contar lo silenciado en la historia: los santos héroes anónimos que pueblan la faz del planeta.

Hechos reales: el origen está en el plebiscito que se hizo en Austria en sobre su anexión a Alemania, 10 de Abril de 1938. En un mes habían encarcelado a 70.000 personas, por ser judíos o por ser adversarios políticos del nazismo. Por supuesto el voto fue una pantomima tipo bolivariano. Un campesino del Tirol, Franz Jägerstätter, es el protagonista. Casado con una católica convencida y con tres niñas, se hizo católico tomándose en serio lo que su mujer le había transmitido. Girard viene en nuestra ayuda para comprender el desenlace de los acontecimientos: el pueblo entero se adhiere al juramento de fidelidad a Hitler, menos ellos dos. A partir de ese momento una familia integrada en el pueblo, colaboradora en las tareas comunitarias, siembra, cosecha, bienes compartidos, cultura católica común, es apartada, señalada. Todo el mundo se parata ostensiblemente cuando pasan, escupen en el suelo, los discriminan con hostilidad, tratan de convencerle de mil maneras. Pero ellos no están dispuestos a servir a un ídolo. Se ha convertido sin querer en un chivo expiatorio apestando. Sólo ha encontrado refugio como sacristán de la Iglesia del pueblo. A través de su párroco expresa su inquietud, que llega hasta confrontarla con el obispo, acerca de la maldad intrínseca del tirano. La “Iglesia” mantiene ese difícil papel de estar en medio. Un poco como le pasó a Pio XII. ¿Denuncia

---

<sup>1</sup> Viaje apostólico del Papa Francisco a Egipto: Santa Misa (29 de abril de 2017).

<https://urbeyorbe.com.ve/documentos/> (Consultado 1-8-2019).

<sup>2</sup> R. Girard (2014), *Clausewitz en los extremos*, Katz, Buenos Aires, p. 306.

y pone en riesgo a todos los católicos, se calla y entonces otorga? Cada caso es un dilema irresoluble que reclama la santidad heroica.

Se va librando de las incorporaciones a filas por ser granjero, pero en febrero de 1943 la demanda de hombres para la guerra es más importante que la alimentación. Obviamente se niega a incorporarse y le encarcelan, acusado de alta traición y con la petición de la pena de muerte: la tortura y la vejación se instalan en esos momentos de su vida. A la espera de la ejecución recibe la visita del párroco que le trata de convencer que firme un documento. El argumento es de una lógica humana incuestionable: a Dios lo que le importa es lo que diga su corazón. Pero se niega.

A nuestro protagonista le asignan un abogado de oficio que intenta salvarle por todos los medios. Asegurándole que le permitirá ser ubicado en el servicio de enfermería en lugar de desempeñar una función militar. También el presidente del tribunal militar pide tener una conversación a solas con él. Le trata de manera paternalista y deja entrever que se siente juzgado por su actitud, según él, arrogante. Pero, en los pocos diálogos de la película, irrumpe uno de los más potentes: Franz le contesta que él no juzga a nadie. Simplemente quiere ser fiel a su misión en la vida: no colaborar con el mal. A pesar de todo es condenado a muerte. Su mujer consigue acompañada por el párroco ir a verle a la prisión y el argumento es no tanto práctico como afectivo. Le pide que lo haga por su familia; Dios no quiere el sacrificio de terceros. El abogado le repite la inutilidad de su sacrificio puesto que será desconocido, no valdrá como testimonio de nada. Franz fue guillotinado.

El silencio llama la atención, pocas palabras y el toque de campanas cuando se para todo y se reza el ángelus, y cuando tocan a muerto. Las hijas siempre están haciendo vida cotidiana, como si no pasara nada. La cámara vuela con sus juegos, y las hace parecer una parábola del evangelio: *“quien no se hace como un niño, no entrará en el reino de los cielos”*. Por aquí y por allá nos va dando un motivo de esperanza en la desolación y la semi tiniebla que envuelve el aire: el molinero que le da harina de más, la única mujer del pueblo que ayuda a Frika cuando se le rompe el carro, la reconciliación son su suegra con la que mantenía una relación de incompreensión. Algún que otro gesto de actores secundarios que parece mostrar dolor o arrepentimiento en el momento que anuncian su muerte, hora de la tarde en la que se inmolan los corderos en Jerusalén, y en la que murió Cristo. De fondo suena el *Agnusdei*. Por si acaso pensábamos que se le escapa algo al director este fondo musical lo dice todo. Todo el trasfondo de los dos primeros siglos de cristianismo ha hecho esta ineludible asociación entre Abel, Issac, sangre, Cordero pascual, Cristo. Matar al degüello de la guillotina es un hecho histórico particular, p'ero monótono porque así se sacrificaban los corderos cortándoles la yugular para recoger su sangre. Alusión alegórica también tras la conversación que mantiene con el único amigo que tiene en prisión: habla de la decapitación -¿alusiva a Juan Bautista?- como precursor de lo que ha de venir. La cabeza, le dice, será restituida en su sitio tras ser cortada y salir volando por los aires. Desde luego se trata de un sacrificio en toda regla. El tema es su inutilidad o su tremenda ineficacia. Todos parecen decirle, para intentar salvar su vida, que no es la suya sola la que pone en juego, si no la de su familia. Cualquier argumento es desbaratado por la confianza en que sus años de vida oculta eran una preparación para el martirio. Aunque hayamos tenido que esperar 50 años para que Malik nos haga pensar sobre el tema con su bellísima forma de hacer cine y recordar a este beato, mereció la pena su sacrificio.

El gesto aislado, casi anónimo de una persona, puede despertar anhelos miméticos en muchos de los que se van a enfrentar a algo parecido, en esta historia nuestra que está siempre completando lo que le falta a la pasión de Cristo.

Volvamos al inicio: ¿cuál es hoy nuestro modo heroico de entrar en Pascua? Haciendo bien nuestra Cuaresma. Ayuno, oración y limosna. Dado que la humanidad del bienestar ya no sabe lo que es eso... el coronavirus se presenta como una oportunidad única. Estar en cuarentena es entrar en periodo cuaresmal (40 días Moisés en el Sinaí, 40 años en el desierto de Israel, 40 días de Elías, 40 días de Jesús en el desierto). 40 expresa un tiempo perfecto para completar una experiencia existencial. La cuarentena es un tiempo magnífico para los que siempre tenemos disculpas para continuar corriendo de un lado a otro haciendo cosas, aprender a estar quietos y callados. Las tres horas 15 minutos de Malik, la cuarentena del COVID19, no son más que símbolos de una humanidad que necesita pararse a pensar... la pena es que algunos tachan este mensaje de religioso y ya no quieren pensar. A unos les tiemblan las piernas, otros solo miran a la ciencia -ciertamente hay que mirarla- y alaban a los sanitarios -ciertamente hay que hacerlo- porque están ahí para poder sellar el sarcófago de Chernóbil, Fukushima, y todos los sarcófagos -que nombre tan bien buscado- que nos esperan. Porque no nos puede servir de anestesia las curvas estadísticas que nos dicen que es estacional, que pasará -aunque también vale-, tenemos que mirar más allá. La pregunta no es de dónde viene este virus. No estoy hablando de perversiones psicópatas, conspiraciones o localizaciones. Más bien estoy preguntándome para qué este virus, venga de donde venga.

Los mensajes esperanzadores son buenos, mucha gente los necesita para no precipitarse en el abismo psicológico de la falta sentido del sufrimiento que padecen de forma crónica.

¡Deben darse esos mensajes, cómo no! Pero también debemos advertir que la alienación es un mal favor para la humanidad. Porque este no es más que un episodio entre los muchos que ha habido y los que vendrán. Todos los mitos del planeta se preguntan por estas catástrofes. La historia está llena de migraciones increíbles, obligatorias, exilios, terremotos, volcanes, inundaciones, guerras, epidemias de otro tipo de virus. Cíclica y machaconamente la historia nos recuerda que somos frágiles, que todo está amenazado, que el planeta no durará eternamente, y que ninguno sabemos el día ni la hora. Pero ninguno queremos atender las requisitorias que nos lanzó el Nuevo Testamento repleto de anuncios micro apocalípticos, astronómicos, humanos, que no responden a las creencias o la ciencia de aquel momento. Hoy estamos en condiciones de hacer esas previsiones desde la ciencia, pero Cristo las hizo hace 2000 años sin ciencia alguna.

Necesitamos una nueva ciencia. La definitiva. No una que crea muerte, que se vende al dinero, a la erradicación del sufrimiento, al éxito, a la política, a la autodivinización, sino otra que ataje el problema en su raíz. Necesitamos una ciencia sabia, no solo una que tenga conocimientos. ¿Cuando hablamos de la sabiduría de la cruz de qué hablamos?

Él es el paradigma del que bebe Franz, Edith Stein, Kolbe y tantos otros miles. Él es que se atrevió a entrar en el sarcófago nuclear y apagar la radioactividad que causa la muerte. Él es el que amortizó nuestro pánico no confesado a desaparecer para siempre. Miedo que nos mueve a huir de ella despavoridos con instrumentos cada vez más

sofisticados: tecnológicos, científicos, emocionales, pero que al final son meros parches para atajar los fenómenos mediante los cuales se exterioriza el mal radical. La muerte, por mucho que los transhumanistas intenten inmortalizarnos, es el horizonte penúltimo, la verdad, la patencia inapelable del mal radical<sup>3</sup>. Para llegar a la resurrección hay que pasar por la muerte. Todos los santos y grandes filósofos se han enfrentado a ella. No se puede dar sentido a la vida sin enfrentarse a la muerte. «No es posible pensar la vida sin que entre en dicho contenido reflexivo el hecho de la mortalidad, el ineludible final que a todas las personas aguarda pronto o tarde, y ante el cual se ha de tomar alguna actitud... Pensar la existencia humana y pensar la muerte (o vivir la vida y la muerte) son dos caras de la misma realidad antropológica, que convierte la trayectoria vital de cada sujeto en algo original, irreversible»<sup>4</sup>.

El problema para no aprender de este dato científico es que queremos lo que viene de la Revelación sin incluir al autor. Queremos lo que significa ser humanidad sin lo que comporta de ingrato, queremos lo que nos da la vida en sociedad sin rozar al otro en sus miserias, queremos la verdad sin dejar nuestras mentiras, queremos pensar, pero solo opinamos. Estos nombres sagrados han sido tan contaminados por su uso abusivo y fraudulento que han hecho casi irreparable el daño.

De esta búsqueda de la humanidad que pretende concedernos la felicidad hemos hecho una reducción patética y secular de su potencial: nos hemos conformado con una pátina superficial de convivencia, colaboración y pensamiento instrumental. Tratamos de curar un cáncer con agua oxigenada. Para acabar con la fuente de la metástasis hay que ir al núcleo radiactivo. Para acabar con los coronavirus que vendrán hay que ir al núcleo en donde radica su capacidad de dar la muerte. Es la soledad radical, es el pensamiento que busca seguridades a cada paso, es el miedo a la verdad, es el culto a la tecnología, al placer, es haber opacado que hay que morir a uno mismo para ser. Fukushima o Wuhan son la clave. Vayamos al síndrome: cuando explota el reactor podemos aportar todo tipo de recursos, métodos, instrumentos, medicinas, hospitales universitarios, terapias, ambulancias conceptuales, apósitos económicos, coagulantes en las heridas, palabras y palabras, tesis incluso, pero si no vamos a sellar el sarcófago nuclear la radiación sigue matando. Hay que ir al fondo del ser: el miedo que el hombre tiene a la muerte. ¿Dónde está el origen del mal? La política y la tecnología no tienen la solución, sólo son el inicio del camino. Luego hay que llegar hasta donde está roto el reactor y sepultarlo bajo hormigón, pero para eso alguien tiene que morir, arriesgarse a contraer cáncer para mostrar que hay vida más allá de la muerte radioactiva, como el microbiólogo de Wuhan. Para acompañar, repensar y buscar la verdad hay que arriesgarse y hay que hacerlo en comunidad. Alguien conduce el helicóptero, otros hacen el cemento, otros nos guían con sus planos, otros nos advierten de las medidas precautorias, otros han estado en el corazón de la metástasis y nos previenen, otros nos aconsejan cómo hacerlo. Como comunidad es más fácil acabar con la radiación, cerrar el sarcófago, eso es lo que están haciendo nuestros sanitarios, policías, y demás sistemas de contención de la plaga. Creernos dioses solitarios nos expulsó del paraíso; también ponernos de acuerdo como humanidad auto creada para sustituir a Dios nos expulsó del Valle del Senaar, tras el proyecto Babel. Es un dato curioso que en la mitología griega todos los hombres y semidioses que retratan

---

<sup>3</sup> Decía Ciorán: «Los filósofos son demasiado orgullosos para confesar su miedo a la muerte ... Hay en sus consideraciones sobre la muerte una serenidad fingida: son ellos en realidad quienes más tiemblan ante ella. Pero no olvidemos que la filosofía es el arte de disimular los tormentos y los suplicios propios».

E.M. Cioran, *En las cimas de la desesperación*, Tusquets, Barcelona, 2003, pp 51-52.

<sup>4</sup> Bonete, E., *Ibíd.*, p. 16.

lo humano son unos solitarios patéticos: Narciso, Sísifo, Prometeo. Tienen que sortear miedos, enfrentarse al destino, defenderse de los otros, aspirar a pequeños e imaginarios paraísos mediocres, obra de sus manos. Nosotros pertenecemos a una cultura comunitaria.

Lo judeocristiano es un *nosotros* en búsqueda comunitaria del retorno a lo sagrado, al paraíso.

Para volver a él hay que arriesgarse. Quiero cerrar este apartado con una pregunta provocadora, para dejar el alma inestable, y remover a los que se creen sanos y saludables, que sonreirían compasivamente ante la pregunta como si fuera una hipérbole: ¿dónde está la metástasis originaria? Porque de momento, lo que podemos decir es que las ciencias y la filosofía no dan con ella, han confundido paraíso con utopías, con que “no pase nada”, con “ya lo resolveremos”.

«¿Cómo explicar esta desconcertante incapacidad de la razón para aliviar nuestra angustia? ¿Por qué la filosofía fracasa tan estrepitosamente a la hora de darnos consuelo en esta cuestión?»<sup>5</sup>

No es casualidad que Franz en *Vida oculta*, que Edith Stein en Auschwitz, ambos asesinados el 9 de agosto con un año de diferencia, que tantos otros como Bonhoeffer, Tito Brandsma, etc., nos mostrasen el camino de la santidad heroica.

Benedicto XVI afirmó: «Todos nosotros, por caminos diferentes, estamos personalmente comprometidos en un recorrido que da respuesta al interrogante más importante: el relato del *sentido último* de nuestra existencia humana. El anhelo de lo sagrado es la búsqueda de la cosa necesaria y la única que puede satisfacer las aspiraciones del corazón humano»<sup>6</sup>. Pero este sagrado originario no es el alienante, esa religión opiácea que nos contenta en soledad, sino que es el que nos pone en la verdad hiriente: en nosotros mismos no hallaremos nunca la solución, y mucho menos solos. Las ciencias, la filosofía y las humanidades se centran todas en “la presencia o la ausencia de Dios”. En algunos la “ausencia es un momento previo a la posibilidad de presencia más radical”.<sup>7</sup> Porque al final el sufrimiento nos toca a todos y nos pone ante la verdad. La cruz es ese veneno, que lleva su antídoto escondido.

El veneno se cura con el veneno, el antídoto es extraído del veneno (los griegos lo llamaban *fármakon*). La amargura se quita abrazando la amargura. El leño amargo endulza el agua amarga. La cruz es la llave que da sentido a la muerte del ser. La muerte cura la muerte. Los padres griegos no suelen utilizar la palabra *stauros* (cruz) para referirse al instrumento del suplicio de Cristo sino *xylon* (leño, madero). Remiten siempre a las aguas amargas de Mará<sup>8</sup> en el desierto que fueron endulzadas por Moisés con un

---

<sup>5</sup> Bauman, Z., *Mortalidad, inmortalidad y otras estrategias de la vida*, Sequitur, Madrid, 2014, p. 12.

<sup>6</sup> [https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2010/september/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20100917\\_altre-religioni.html](https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2010/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20100917_altre-religioni.html) Viaje apostólico al reino unido, (16-19 de septiembre de 2010) discurso del santo padre Benedicto XVI. (Consultado 30/09/2019)

<sup>7</sup> Steiner, G., *Passions impunies*, Folio essais, Gallimard, Paris 1996. p. 234,

<sup>8</sup> Éx, 15, 22. “Moisés hizo partir a los israelitas del mar de Suf y se dirigieron hacia el desierto de Sur: caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua. 23. Luego llegaron a Mará, porque era amarga. Por eso se llama aquel lugar Mará. 24. El pueblo murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?» 25. Entonces Moisés invocó a Yahveh, y Yahveh le mostró un madero que Moisés echó al agua, y el agua se volvió dulce”.

leño; o al mástil en el que Moisés enroscó una serpiente de bronce, para neutralizar el veneno de las serpientes que provocaban la muerte -sugerencia de YHWH a Moisés<sup>9</sup>- haciendo que se curaran todos aquellos que levantando la vista la miraban. ¡Dejemos de echar azúcar en las heridas, estas se curan con sal! Todas nuestras técnicas y métodos científicos y psicológicos tratan de echar azúcar a las heridas que nos motivan al estudio de la naturaleza herida/caída de las personas. Todas las ciencias esconden en su cometido y motivación la reparación de las carencias, la cauterización de las llagas del ser humano derivadas del pecado original. Estas llagas son la manifestación externa de esa infección antropológica que no deja de reproducirse de generación en generación.

No podemos perder la perspectiva. Cuando investigamos cómo una célula se come a otra, lo que estamos sintiendo es el vértigo de lo que está fuera de control, que tarde o temprano nos afectará y desvelará el sinsentido de todo aquello por lo que nos movemos y existimos. Cuando repensamos la bioquímica, la estadística, el derecho, el efecto perverso es que desde ese lugar creemos estar atacando al mal radical cuando solo estamos poniendo paños calientes. Si no las penetramos por la incómoda pregunta: ¿qué sentido tiene el sufrimiento, la muerte, la injusticia, la insoportable soledad no querida?, no aportamos nada que no hagan otros ya, mejor y con más medios. En definitiva ¿por qué la cruz es el símbolo universal en el que Dios se ha querido presentar a nosotros como culmen de su encarnación? Basta de mirar para otro lado, la epidemia es de otra naturaleza que vírica. Es no querer ver que el único horizonte es la conversión. Pandemias vendrán, guerras, catástrofes de todo tipo pues el mundo, el propio universo está concebido inestable, libre, azaroso, para posibilitar la dignidad, la colaboración en la creación del ser medio-divino que somos, capaz de lo mejor y de lo peor, para exhibir el esfuerzo humano para salir de nosotros mismos e ir al encuentro del otro, como fórmula de realización, como retorno al paraíso del que nos expulsamos nosotros mismos sospechando e la bondad de Dios.

Ojalá nos sirva esto para cambiar de mentalidad, metanoia, conversión es la palabra. Hablemos de la oportunidad que nos ofrece la crisis actual del coronavirus. Robert Karasek distingue entre el estrés que aparece por el trabajo excesivo y la presión de los plazos, y el estrés que surge cuando las personas pierden la sensación de ser dueñas de su vida. Este tipo de estrés va acompañado de un riesgo mayor de sufrir enfermedades cardíacas. Esta forma de estrés se reduce cuando las personas desarrollan un sentimiento de pertenencia, de espíritu comunitario y tienen un objetivo en la vida. Durante la Segunda Guerra Mundial en Inglaterra la esperanza de vida aumentó seis años, y esto pese a la escasez de alimentos, la disminución de los estándares de vida y el fallecimiento de treinta mil personas en Londres en los ataques aéreos y de cuatro mil soldados en la guerra. Es cierto que seguían existiendo diferencias entre pobres y ricos, pero las personas se mantuvieron unidas y desarrollaron una ética de la solidaridad y la cooperación. La

---

<sup>9</sup> Números, 21, 4-9 "Y habló el pueblo contra Dios y contra Moisés: «¿Por qué nos habéis subido de Egipto para morir en el desierto? Pues no tenemos ni pan ni agua, y estamos cansados de ese manjar miserable.» 6. Envió entonces Yahveh contra el pueblo serpientes abrasadoras, que mordían al pueblo; y murió mucha gente de Israel. 7.El pueblo fue a decirle a Moisés: «Hemos pecado por haber hablado contra Yahveh y contra ti. Intercede ante Yahveh para que aparte de nosotros las serpientes,» Moisés intercedió por el pueblo. 8.Y dijo Yahveh a Moisés: «Hazte un Abrasador y ponlo sobre un madero alzado. Todo el que haya sido mordido y lo mire, vivirá.» 9. Hizo Moisés una serpiente de bronce y la puso en un mástil. Y si una serpiente mordía a un hombre y éste miraba la serpiente de bronce, quedaba con vida." Curiosamente el pueblo hizo de ese milagro su propio ídolo, y como si fuera la diosa Asera, llevaron su serpiente de bronce con ellos, hasta que en Reyes 18, 1-4, fue destruida para siempre. La idolatría se adapta a los nuevos tiempos bajo centenares de disfraces.

nación compartía una misma voluntad. La vida de las personas tenía un sentido, los individuos tenían un sitio en la estructura social y no se sentían desamparados<sup>10</sup>.

Cuando buscamos “la comunidad” detrás de “una comunidad” es porque solos no tocamos la vida, ni el ser integral, solo la herida superficial que duele y que tiene que ser curada por otro. Hacerse la cirugía a sí mismo para cauterizar la llaga no es solo difícil sino peligroso. Necesitamos la mirada enfrentada del otro. El rostro enfrente del otro mira mejor que yo mismo en un espejo. Ve más porque mira desde una perspectiva mejor. La necesidad de ser mirado denuncia lo precaria, lo incompleta que es la mía, parcial, doliente, solitaria, aquejada de la carencia principal provocada por el mal radical.

Ser comunidad no es un fin en sí mismo sino un medio para retornar al paraíso del que nos expulsamos a nosotros mismos cuando nos hicimos dioses, concedores del bien y del mal, y sospechamos de la supuesta bondad de un Dios creador<sup>11</sup> y tocamos el *árbol de la vida* (por cierto, el título de otra de las películas de Malik). Ese retorno solo es posible siendo reengendrados, volviéndonos inocentes, investigando nuestro origen, restableciendo el cordón umbilical con el Dios que nos creó con un propósito: vivir en comunión con él y con los demás. La única esperanza posible es tener la vista puesta en la resurrección de Cristo, porque la muerte es el horizonte seguro que nos espera, sino es con el COVID19 será con otro, pero es lo seguro. No quiero colaborar al mecanismo de escape permanente en el que la humanidad vive. Hay que coger el toro por los cuernos. ¿Para qué vivimos? Si solo vivimos para nosotros eso es el anunciado infierno sartreano. si el universo tiene un sentido hay que dedicarse a buscarlo. Es para que lo encontremos por lo que somos radicalmente libres. Démonos esa oportunidad de contemplarnos como humanidad en busca de destino.

¿Cómo se repara el daño realizado por las filosofías de la sospecha de la bondad de Dios? El mal radical deriva de este asesinato de Dios. Nietzsche lo tiene claro, son sus epígonos los que creen que el Dios judeocristiano ha muerto de viejo, apolillado. No, ha sido la víctima de un asesinato ritual. El mal radical, que es el asesinato de Dios, la expulsión de Dios de nuestro pretendido paraíso nietzscheano, nos ha hecho al vivir sin él, vivir contra los otros. Eso es lo que dice Génesis hasta el punto álgido de Babel. ¿Cómo

---

<sup>10</sup> R. Karasek, El modelo de demandas/control: enfoque social, emocional y fisiológico del riesgo de estrés y desarrollo de comportamientos activos Robert Karasek 34.6 *Factores psicosociales y de organización*.

<https://www.insst.es/documents/94886/162520/Cap%C3%ADtulo+34.+Factores+psicosociales+y+de+organizaci%C3%B3n> Consultado 26/09/2019.

<sup>11</sup> Nietzsche, F.: *Die fröhliche Wissenschaft* . Af. 125: « “¿Dónde está Dios?” -gritó-, ¡os lo diré!- ¡Nosotros lo hemos matado -vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos!” Pero ¿cómo hemos hecho esto? ¿cómo hemos podido bebernos el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte entero? ¿Qué hemos hecho que hemos soltado esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos? ¿Lejos de todos los soles? ¿No nos precipitamos más y más? ... ¿No erramos como a través de una nada infinita?... ¿No viene siempre la noche y siempre más noche? ¿No hace más frío? ¿Todavía no oímos nada del tumulto de los enterradores que enterraron a Dios? ¡Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo nos consolaremos, los asesinos de todos los asesinos?...» «...Lo más sagrado y más poderoso que el mundo hasta ahora poseyó se ha desangrado bajo nuestros cuchillos. ¿Con qué agua podríamos purificarnos? ¿Qué ceremonias de expiación, qué juegos sagrados, habremos de inventar? ¿No es la grandeza de este acto demasiado grande para nosotros? ¿No tenemos que devenir dioses nosotros mismos, para, al menos, parecer dignos de ella?»

reparar el desastre? Obvio, con el bien radical. Si queremos fallar en el intento de hacer una revolución social significativa para dejar un planeta habitable a las siguientes generaciones sigamos buscando sucedáneos innovadores, métodos, para solucionar nuestros fracasos o cumplir nuestras metas. Ninguno nos satisfará. El siglo XX nos ha mostrado el éxito del paradigma inaugurado por el nihilismo: dos terribles guerras más otra “fría”, bombas atómicas, epidemias, crímenes inéditos, terrorismo indiscriminado contra inocentes, perspectivas ecológicas desastrosas. Hemos convertido el planeta en un vertedero y un gran cementerio. En el siglo XXI el terrorismo y la guerra biológica tendrán su protagonismo.

No nos podemos engañar una vez pensando: todo pasa, la humanidad sigue. Es grandioso que todo esté amenazado, que todo sea imperfecto, y que todo tenga que pasar por la debilidad, y que eso sea paradójicamente lo perfecto. De esta fragilidad tenemos que aprender algo: destacar que lo único que vale, y es eterno, es el bien radical, es lo gratuito. Lo gratuito no es exigente, no se jacta, no se engríe, no tiene tácticas, escucha, sabe perder el tiempo, sabe esperar, lo gratuito (*gratia*) es el amor. ¿Puede darse eso en una institución tan dispar y variopinta, con gente tan diversa? Sí: no los unos por los otros, si no pasión por la misión que ha de ser compartida por la humanidad que es amor al hombre y la verdad. Ese es el bien radical por lo que estamos aquí. Hay una esperanza radical: como dice la sabiduría hebrea, antes de crear el mundo YHWH creó la *teshuvá*, la posibilidad de retorno a la amistad con Dios. ¿Por qué hay retorno? Porque alguien nos ha mostrado que este Castillo kafkiano no es tal, que la puerta abre a otra realidad y que para entrar por ella tenemos que reconciliarnos con nosotros mismos y con los demás, hacernos pequeños, como las hijas de Franz y ser humildes hasta el punto de no absolutizar el tiempo que os toca vivir. A lo mejor solo somos para ser en un determinado minuto de nuestra corta o larga vida.

En este proyecto está permitido odiar la ignorancia y el egoísmo. ¡Persigamos nuestros anhelos! Pero los del ser verdadero, no las expectativas de lo que parece ser. ¡Aquí se puede! Seamos optimistas en sentido radical, es decir, desde la raíz bien anclada en el amor a la verdad. Y no seamos optimistas superficiales por ingenuos y buenistas. Podemos cambiar el mundo, debemos hacerlo porque este es el verdadero reto que se nos encomienda: contribuir a resaltar la belleza de la creación, el don amoroso recibido gratuitamente por parte de un Dios, cuyo amor es tan inmenso que no nos conculca la libertad de destruirlo todo o de restaurarlo todo.

Hay que desautorizar al mal que se instala en la superficie, y se oculta tras la pereza, la mentira, la descomunidad, el individualismo. Tenemos que buscar el otro lado del binomio. La antítesis. ¿Podemos construir la comunidad desde el individuo, educar para aprender a detectar el núcleo de la radiación mortífera, la soledad y la autosuficiencia, el amor al dinero, la opinión como verdad? Ese es el objetivo. Hemos de cambiar la cultura de las seguridades científicas por la de la *perplejidad*: reconocer que no sabemos lo que está ocurriendo. Tenemos que cambiar el glosario de los términos que utilizamos, esa es la verdadera revolución disruptiva. Utilizamos términos que han perdido su significado originario, que ya no dicen aquello que trataban de expresar. Ya no estamos en una sociedad relativista, nos encontramos en un momento posrelativista, donde los que nos dicen qué es la verdad solo mienten.

Tenemos por delante un largo camino, pues como decía Guardini: “las cosas de Dios nos vienen no como resultados conclusivos, sino como caminos vivos”.

Hemos de lanzarnos preguntas incómodas... ¿Qué es la vida? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué es la verdad? ¿Qué implica verdaderamente ser humanidad? ¿Qué es pensar y repensar? ¿Para qué vivimos? ¿Qué es lo que nos mata? ¿Tiene la historia algún sentido o es el loco shakespeariano el que la relata? Todas ellas se resumen en una, como diría Kant: ¿Qué es el hombre? Somos invitados a salir de nuestros pequeños mundos, de nuestras seguridades psicológicas llenas de prejuicios, y de estereotipos sustentados sobre ficciones científicas, tecnológicas, emotivistas o religiosas... Tenemos que empezar a pensar en términos de comunidad planetaria, aprender a escapar de los pequeños reinos de taifas emocionales, a ponerlos en crisis, a juzgar severamente nuestro nacionalismo, nuestro narcisismo egocéntrico, desgarnecer nuestros cuarteles de invierno... aunque vivamos en ellos y no podamos perderlos de vista sin perder nuestra primera identidad. Lo imposible de controlar es lo que define la vida humana. Los intentos de controlar lo que se nos escapa son patéticos, ponen en evidencia nuestros miedos y embargan lo maravilloso de la vida humana, aquello que nos llama a pensar, a tomarnos en serio, a acompañar, a ser comunidad: la libertad cuando la perdemos, los accidentes inesperados, la muerte de un hijo, la enfermedad y, también, el amor gratuito, la alegría compartida, la comida común, todo aquello que justo es lo más importante. Esta es la gran oportunidad que nos brinda el coronavirus. Es terrible decir esto, trasladable a toda oportunidad que nos ofrece la historia de los totalitarismos, de que se puede aprender del mal y del dolor insoportables.

Cuando viene el imprevisto y nos asalta lo anulamos, lo narcotizamos, culpamos a otros, lo anestesiamos, o lo llamamos “asombro” -aunque en realidad lo que despierta es rabia contenida e impotencia que inmediatamente convertimos en rutina para no sentir el vértigo o lo despreciamos para no tener que depender del otro y mostrar nuestra debilidad. Antes se llamaba a eso cruz, el sufrimiento que te asalta, con el que no contabas. Ahora, después de Nietzsche, lo llamamos fatalidad, destino. Antes lo dotábamos de sentido. Nuestra forma de afrontarlo era responder a la pregunta ¿Qué nos quiere Dios decir con este acontecimiento? ¿Qué tengo que aprender? ¿Qué sentido tiene? ¿Cómo esto me va a hacer más persona? Ahora hemos expulsado de nuestro pensamiento esta pregunta. Habiéndonos hecho dioses por el conocimiento, creyendo que construíamos un mundo perfecto, reparando una creación mal hecha, nos encontramos en que no tenemos respuesta para la frustración, para el fracaso, para la imperfección. Nos hemos hecho inmunodeficientes para afrontar las enfermedades del alma. Nos hemos hecho intolerantes a la decepción. Lo malo es que tras el incumplimiento de las promesas de la ciencia que nos auguraban un *mundo feliz* retornan los brujos y la superstición; los falsos anuncios, la pseudociencia, las mentiras de los políticos y el pensamiento a medias.

La forma, inédita en la historia, hasta la llegada del cristianismo, es explícita en la *Deus Caritas est*: donarse gratuitamente es la plena realización del ser humano. Antes que dar objetos o darse a sí mismo como objeto, hay que haber recibido de otro el ser y reconocerlo<sup>12</sup>. ¿Qué es lo que el hombre necesita en una sociedad que se da todo, desde la salud (hasta la irrupción del coronavirus casi lo creemos entre epidemia y epidemia) al trabajo, y que cubre las necesidades primarias de seguridad y bienestar suficientemente, en la que el Estado paternal cubre casi todas las necesidades y que, sin embargo, el número de muertes violentas más alarmante lo constituye el suicidio? Las estadísticas de la OMS

---

<sup>12</sup> La encíclica *Deus Caritas est* comentada. Cf. [www.angelfilosofia.es](http://www.angelfilosofia.es). Bonhoeffer: “El hombre es ‘para otros’. El ser *para-sí* es declarar que los otros son el infierno”.

son explícitas. El 50 % de las muertes violentas en el mundo son suicidio<sup>13</sup>. ¿Qué es lo que el hombre necesita cuando las alarmas de los psicólogos y sociólogos se encienden señalándonos lo que llaman “sociedad del cansancio”, “epidemias de soledad”, “sociedad narcótica”, “líquida”? ¿Qué es lo que el hombre necesita cuando alguno de los fármacos más vendidos son los ansiolíticos y antidepresivos? ¿Cuándo las políticas que nos gobiernan justifican con sus leyes la extinción de los seres humanos no válidos o costosos de mantener, niños o ancianos? Algunos hablan de cultura de la muerte, sociedad melancólica, depresiva, de solitarios. Las estadísticas no engañan respecto a la soledad, la familia mononuclear, los índices de alcoholismo, el absentismo laboral, el incremento de la gente sin hogar, los ancianos abandonados a su suerte, de la violencia en las calles, en las casas, de adicciones... los ciclos víricos nos distraen la atención de la verdadera muerte.

Lo que está muerto no es ese cuerpo concreto con un nombre propio. Lo que está muerto es ser del hombre y este se cura dando el ser<sup>14</sup>. La enfermedad recibiendo cuidados. Dar el ser es entrar gratuitamente en la dinámica del sacrificio: ¿qué es sacrificar? La búsqueda del sentido de los ritos, de la liturgia, de los símbolos, es algo constitutivo del ser humano. Sacerdote es el que hace lo sagrado, que es el sacrificio. Pero cuando lo hace está conmemorando el único sacrificio que vale: el de un Dios que se dio a sí mismo en expiación. Este sacrificio hace pasar el culto de la Iglesia de lo sagrado a lo santo. Por eso el sacerdote, más que un repartidor de culto al otro es el transmisor de la misma sangre en su propia sangre: o se da a sí mismo o está vacío de sentido lo que hace. Lo sagrado arcaico se queda en numinoso, misterioso, envuelto en sangre<sup>15</sup>, lo santo se transforma en liturgia de santidad, en implicación ética que trasciende los límites de la ética<sup>16</sup>.

La pregunta que nos asola ante estas repetitivas situaciones cada vez más abundantes es: ¿se trata de donarse todo o solo en parte? Todo el mundo reclama el todo. El amor es todo

---

<sup>13</sup> [http://www.who.int/mental\\_health/suicide-prevention/infographic/es/](http://www.who.int/mental_health/suicide-prevention/infographic/es/) (Consultado 24/09/2019)

<sup>14</sup> Por eso el centro de toda la vida de la Iglesia es la eucaristía, y por eso en su cabeza (Cristo) la representa el sacerdote: hace lo sagrado, no un culto vacío; hacer lo que sacrifica es darse. San Ignacio de Antioquia pidiendo a sus hermanos que dejen que los leones lo mastiquen, ejemplifica esta visión perenne de la vocación de la Iglesia.

<sup>15</sup> Respuesta del señor M. SERRES al discurso del señor R. GIRARD, *Discurso pronunciado en la sesión pública de la academia francesa* (15 de diciembre de 2005): “Hay dos clases de religión. Casi naturalmente, las culturas engendran las religiones de lo sagrado, que se distinguen de aquellas que estos mismos colectivos apenas pueden tolerar [el cristianismo] porque, santas, impiden el asesinato. Raro y difícil de vivir por su excepción insoportable, el monoteísmo trae la crítica más devastadora de los politeísmos corrientes, que resucitan sin cesar con su fatalidad. Lo santo critica lo sagrado, como el monoteísmo la idolatría [...] De golpe, usted me ha hecho comprender esto, que ha cambiado mi vida, la de distinguir lo santo de lo sagrado, ni más ni menos que lo falso de lo verdadero. *Teología, ética, epistemología hablan, en tres disciplinas, como una sola voz. [...] Lo santo se distingue de lo sagrado. Lo sagrado mata, lo santo pacifica*. No violenta, la santidad se aleja de la envidia, de los celos, de las ambiciones de las posiciones de grandeza, asilos del mimetismo y así nos libra de las rivalidades cuya exasperación conduce hacia las violencias de lo sagrado. El sacrificio devasta, la santidad ilumina. Vital, colectiva, personal esta distinción recubre aquella, cognitiva, de lo falso y lo verdadero. Lo sagrado une violencia y mentira, asesinato y falsedad; sus dioses, modelados por la colectividad furiosa, rezuman lo inventado. Por el contrario, lo santo armoniza amor y verdad. Sobrenatural genealogía de la verdad que la modernidad no lo sospechaba: no llamamos verdadero más que a amar inocentemente; no descubriremos, no produciremos nada si no nos convertimos en santos”.

<sup>16</sup> “Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios” (Rom 12,1).

o nada, no hay fragmentos a compartir. Al menos en lo no compartible, que es el ser, que no se puede trocar. ¿Pero “todo el ser” quién nos lo dará? El mercadeo del amor es el consuelo de los que habiendo aspirado a todo se han quedado a medias. Los hombres se autoafirman: “no hay nada más”. La tristeza y la amargura se apoderan de ese sentimiento frustrante de que no hay nada más. Ciegos que guían a ciegos. No se puede dar lo que uno no tiene. Tiene uno que haberlo recibido todo para poder darlo todo. El neopelagianismo mundial en el que estamos inseridos<sup>17</sup> cree que no se necesita a la Iglesia ni la ayuda de la gracia para hacer el bien, pero con eso se pierde una dimensión antropológica y social que no puede dar la solidaridad entre los pueblos, la ética cívica o la educación de la ciudadanía, aunque ya solo esto sea maravilloso y una consecuencia no reconocida de la influencia del cristianismo en la historia. ¿De qué tipo de bien hablamos? El concepto de bien que manejan las éticas dominantes se queda corto. Haría falta una supraética para comprenderlo. Se trata según la encíclica *Deus Caritas est* de un amor por encima de la muerte. No valen pactos. ¿Puede brotar la fuerza que el hombre necesita para amar así, la capacidad de donarse a sí mismo para que el otro sea, de un sacramento devaluado, o considerado un rito en desuso, o mejor, desnudado de su significado? La fuerza deriva de la participación en un sacramento que, sin tener que pasar necesariamente por el sufrimiento de Cristo, sin embargo, produce el mismo efecto que produjo en él: hace experimentar la resurrección en aquel que come su carne y bebe su sangre, es decir, da la fuerza para vivir para el otro<sup>18</sup>. Este descubrimiento está en las antípodas de la vida sin Cristo y sin la Iglesia. Lo que el hombre no ha advertido es que vivir para uno mismo, algo que no se pone en cuestión como objetivo vital del hombre postmoderno, es el infierno, es la soledad y el miedo al otro, una condenación que pesa como una losa. Sartre y el nihilismo al uso nos lo recuerdan una y otra vez con el pesimismo del que sabe que no hay salida (*A puerta cerrada*). Vivir para el otro es la fuente de la vida, de la realización como persona, de la verdadera humanización.

«Sobre todo, hoy, cuando el aislamiento y la soledad son una condición generalizada, a la que en realidad no ponen remedio el ruido y el conformismo de grupo, resulta decisivo el acompañamiento personal, que da a quien crece la certeza de ser amado, comprendido y acogido»<sup>19</sup>.

Ahora bien, el tema es si se puede dar lo que uno no tiene. ¿Dónde y cómo se puede recibir? Esta es la oferta de salvación en la historia que prepara para el más allá de la historia. La necesidad de un amor no negociable, de un amor gratuito, que el hombre tiene como posibilidad, aun cuando cree que no existe, si se abre a la fe. ¿Dónde encontramos esa vocación a la caridad en forma de acompañamiento al otro herido?

Es la oportunidad de anunciar el Evangelio. Solo la Iglesia tiene la posibilidad de comunicar este secreto a voces que guarda desde hace milenios, porque ella es este mismo cuerpo redivivo, hecho carne, que hace extensivos los miembros de Cristo al hombre de cada generación para que se pueda unir a él, para que se le pueda tocar, conocer. La Iglesia hace de manos de Cristo para tocarle y de altavoz para oírle.

---

<sup>17</sup> Otra herejía expresada en el espíritu prometeico (activismo de la Iglesia).

<sup>18</sup> “Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor, 5, 15).

<sup>19</sup> Benedicto XVI, Discurso en la inauguración de los trabajos de la Asamblea diocesana de Roma, Vaticano, lunes 11 de junio de 2007.

Necesitamos saber que Alguien ha arriesgado su vida para sellar el sarcófago de Fukushima que no dejaba de irradiar muerte: que ya podemos tener esperanza, perder el miedo, que no nos morimos. Tapó el reactor nuclear, dando su vida. Estamos alegres, y ya no es una alegría banal, porque está desalienada. Ya podemos seguir enviando ambulancias, médicos, enfermeros, ingenieros, psicólogos a los alrededores de Fukushima para hacer más fácil la evacuación o de los hospitales, sellar ciudades y países, aliviar el dolor, calmar el picor en la piel, dar de comer a los enfermos, porque sabemos que somos el penúltimo y maravilloso recurso amoroso, pero no la salvación del cáncer. Este ha sido derrotado, vencido, sólo por Cristo. La esperanza existe. Él, el que es, ha vencido la muerte, ha neutralizado el veneno radioactivo mortal. Él es el modelo, el camino, la verdad, la vida.

Porque como decía San Ignacio de Antioquía: (30 -107d.c): “Se educa mucho con aquello que se dice, pero más con aquello que se hace, y mucho más con aquello que se es”. Cristo *es el que es*, el que vive (*Christus vivit*, Francisco). Es el que ha dicho que ser es ser para otro. Necesitamos ejercitarnos en el amor, en la paciencia, en salir de nosotros mismos. Ya no generaremos programas, ni fabricaremos instrumentos para escapar del pánico a la muerte, sino para darle sentido. Si no apuntamos a “la clave de bóveda del sentido de la vida: la resurrección de Cristo”, seremos como címbalo que retiñe. El faraón, dice el Midrash, se levanta en cada generación, en forma de tirano, Hitler, Stalin, Mao, a veces este tirano es más oscuro y sibilino, por ejemplo, disfrazado detrás de gobiernos que se dicen demócratas, y otras en forma de bioplagas, o de la tiranía del dinero, el eterno tirano, con nombre de Dios para el judaísmo y mencionado como único por Jesucristo: Mamona. La única forma de combatirlo este virus planetario es con la verdad.

Como decía San Pablo de su época, «los hombres tienen cautiva la verdad» (Rom., I, 19). El pecado contra la Verdad ha sido siempre el gran drama de la historia. Por esto Cristo pedía para sus discípulos: «Santificalos en la verdad» (Jo., 17, 17) y San Juan exhortaba a sus fieles a que fueran «cooperadores de la verdad» (III, Jo., 8). Unidos en este empeño sentimos la necesidad de reclamar la Verdad, de no conformarnos con sucedáneos y proclamar a voz en grito: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ... 57. ¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!" (I Corintios, 15, 55).